

entrevista

Emilio Lledó. Filósofo

"Tuve la suerte de tener un maestro que nos daba felicidad"

Su rica trayectoria se ha forjado entre materiales de la escritura muy ligados al quehacer primordial de la escuela, como cuenta en *El surco del tiempo*, y *Los libros y la libertad*. Su magisterio y cuanto ha escrito no serían inteligibles sin referencia a la Paideia pública, a una educación de calidad accesible a todo ciudadano para entender el mundo que le toca vivir.

Manuel Menor Currás

Profesor de Historia

✉ manolo.menor@gmail.com

Emilio Lledó, a sus 85 años, es una bendición. Se siente feliz -él que ha escrito un Elogio de la infelicidad- y en plenitud para distinguir qué merece la pena en el rico transcurso de una esforzada vida. Su extenso e intenso currículum incluye el paso por diversas universidades españolas, algún instituto, estudios y docencia en Alemania, sillón académico en la RAE, frecuentes artículos y conferencias, pero sobre todo cercanía y afecto a la gente.

¿Podría hablarnos de sus aprendizajes primeros? Hay una larga serie de años y sitios que aparecen en su vida. ¿Dónde y cuándo descubrió las claves del ser humano, de la cultura?

Bueno, fui siempre muy aficionado a la lectura. Desde niño. Creo que se debe un poco a la situación extraña para un niño de nueve años; cuando empezó la guerra civil todavía no tenía diez. Ya estábamos en Vicálvaro y entonces me escapaba leyendo, con los libros: libros de Salgari, Julio Verne... Y me daba cuenta de cómo el mundo mental, ideal, el mundo del lenguaje, era como una salvación de la angustia de la guerra. Para mí, los años más duros fueron los de la postguerra ya en Madrid. Porque en Vicálvaro, en los pueblos, siempre se alimenta uno; hay una relación más próxima con

la naturaleza. Y luego, además, tuve la suerte de tener -esto lo he dicho más veces- un maestro que nos daba felicidad. En plena guerra civil, venía de Madrid; vivía en la ciudad y venía en un autobús -no lo olvidaré nunca- de la empresa Fausto Dones, que hacía línea desde cerca de donde yo viviría luego, en la calle Bocángel, al lado de la plaza de Las Ventas. Don Francisco no creo que tuviera treinta años y era el típico maestro de la República. Lo recuerdo como un hombre muy alto, delgado y con un aspecto muy agradable: nos quería y le queríamos. En eso consistía su autoridad, ese concepto maltratado hoy en manos de los políticos de la miseria, el dogmatismo y la ignorancia.

Se preocupaba por ustedes...

Sí, sí... Lo esperábamos en la plaza del pueblo, donde paraban los autobuses, a la hora del colegio, a las nueve. Y nos íbamos con él hacia el interior de la escuela, los de su clase. Luego, nos enseñaba -esto suena a tópico- libertad: no nos acosaba, no nos hacía aprender cosas de memoria, sino que nos hacía pensar. Y lo hacía con algo que no olvidaré nunca; bueno, te lo voy a enseñar, porque me han hecho un regalo.

(Don Emilio Lledó se va a buscar su cuaderno de la escuela de Vicálvaro, en que aparece el trabajo que hacían en clase. Al comienzo de la libreta, junto a su firma de entonces, aparece esta fecha primera: 15/03/1938).

Por suerte, entre todo lo que se me ha perdido de la infancia -se perdió toda mi adolescencia, todos los libros de mi juventud-, no sé cómo ha podido salvarse este cuaderno. Me lo debió dar mi padre de algún cuaderno que tuviera por allí. Esto (*las primeras páginas de la libreta aparecen cortadas*) estaba ya cortado así y empecé en esta otra página. Fíjate cómo en algunas -al comienzo de la tarea de cada día-, está el escudo de la República que nos hacía pintar don Francisco. Yo, por miedo -como mi padre estuvo represaliado...-, quise borrarlos, pero a veces no lo lograba: se ve todavía lo rojo sobre el morado, ahí.

Existe una colección de libretas similares en el instituto que hay al lado del Retiro, que perteneció a la Junta de Ampliación de Estudios hasta abril del 39. Su libreta podría pasar a esa u otra colección, para documentar el buen hacer de algunos educadores.

Ante todo, quería preservarla, porque para mí es algo muy preciado. La llevé a la Biblioteca de la RAE, para que Rosa Arbolí, la directora, me aconsejara acerca de la posible restauración de algunas páginas que se leen mal y me dijo que era complicado. Pero es mi joya: es el libro más valioso de esta casa.

Lo nuestro es el “asignaturismo”, causante de la muerte de la universidad y de los institutos

¿En esta casa llena de libros de toda una vida de estudio, a rebosar?

Fíjate qué soltura tenía el niño para dibujar, ¿eh? Mira: “estudio del lenguaje”. Pero luego, esto otro, que para mí es lo más sorprendente -esto no lo ha visto casi nadie- del modo de trabajar de don Francisco: “sugerencias de la lectura”. Por aquí están muchas sugerencias de lecturas de aquel año. No te sorprendas de que sea mi joya. En todo caso, pienso hacer algo con él.

Ahí puedes ver la firma en todos los ejercicios. Lo del lenguaje: eso son las sugerencias de don Francisco: a partir de lo que él hablaba, tomábamos nota; aquí lo ves: son las “sugerencias de lectura”; o sea, eso que yo he comentado alguna vez, de que leíamos *El Quijote*, por ejemplo, y hacía que pensaras y te fijaras en lo que sugería. Te hacía pensar: era la educación de la libertad. También había dictados improvisados por el maestro, no meramente leídos para que copiaras mecánicamente.

Entonces, en vez de ir a lo dogmático, a memorizar, le hacía descubrir lo que hay que saber.

Sí, sí..., algo nada habitual entonces y que debiera serlo ahora.

Veo en esta página el negativo a lápiz de una peseta..., de 1937.

Tenía diez años, cumpla a fin de año, en noviembre. No llegaba todavía a los diez. Como es lógico, no recuerdo a qué obedece esa página con la reproducción de la moneda. A lo mejor, don Francisco nos había hablado de la riqueza y la pobreza, y de que la verdadera riqueza de un pueblo está en la cultura, en la educación.

Leo en su joya-libreta: estudio de la naturaleza, tecnología. Pertenece al 28 de marzo, y hay un rojillo sobrepuesto al morado de la base de la fecha.

Es que mi padre estaba expulsado... Te podían llevar a la cárcel por tener una cosa así... Aun así, me alegra... No sé cómo ha podido llegar a mis manos este cuaderno, cómo lo he mantenido con la vida que he llevado de un sitio para otro: es lo único que tengo de la niñez... En la RAE le hicieron esta caja tan bonita donde está guardado como el mejor de mis libros y a la espera de hacer algo con él. En esta otra caja está otro librito muy preciado. Me lo hicieron con sus escritos los niños del colegio público de Salteras, el pueblo de mis padres. De algún modo, una caja tiene que ver con la otra, aunque pertenezcan a tiempos tan distantes.

Todavía está marcado por su maestro, don Francisco.

Sin duda.

¿Más que por Heidegger?

Bueno, Heidegger fue otra cosa: no fui alumno suyo, aunque vino un par de veces desde Friburgo. Gadamer, alumno suyo antes de la guerra, le invitó a algún seminario de doctorado. Aunque creo que se fueron distanciando mucho.

Don Francisco nos enseñó la libertad, la alegría. Eso sí: podían sonar las sirenas en el colegio, de amenaza, y nos echaban de clase. Esa experiencia de un niño de la guerra civil es muy importante, ha sido muy importante para mí. Pero sí, nos echaban a las eras: el colegio estaba cerca del campo y en la calle de atrás, prácticamente estaba ya el campo. Nos echaban a las eras, porque se estaba más protegido en un surco que en un edificio... No recuerdo una sensación de terror, de angustia. Eso sí, éramos ocho o diez vecinos y dormíamos en el sótano de la casa -donde teníamos nuestro colchón ya puesto para las noches- durante mucho tiempo, en la época de los grandes bombardeos.

¿Heidelberg, qué representa para usted?

La salvación. En cuanto a vivencia fue un shock. Iba de la Universidad de Madrid, que, salvadas todas las pequeñas excepciones que ya empezaba a haber en Filología clásica -era una maravilla con Adrados, Galiano, Pavón..., más o menos discípulos de Tovar, que descubrieron y crearon la Filología clásica que aquí no había habido nunca, porque *graeca non leguntur*-, era un erial. La ignorancia era grande: baste que, en el 31, todavía había un treinta y tantos por ciento de niños sin escolarizar, pero un par de años antes teníamos un setenta por ciento de la población general analfabeta. Ese fue el gran reto de la República: ahí te das cuenta de lo que podían haber hecho y no les dejaron hacer con el golpe de Estado.

¿Por qué a Alemania?

No entiendo bien cómo me dio por irme: no lo tengo claro, salvo que quería escapar. Alguien, algún profesor debió tener algo que ver. Conocía entonces a Julián Marías: de treinta y pocos años, orteguiano, que había estado en la cárcel, le habían suspendido la tesis doctoral. La imagen que tengo de aquel Marías es que fue para mí y para otros chicos de la universidad -lo confieso- un símbolo de libertad: por entonces, en los años 48-49, daba un curso en “Ciencia Nueva”, una especie de academia de los hijos de Ortega -no estoy seguro- en la calle Serrano. También sabía que Ortega se había ido a Alemania... De todos modos, tengo muy confuso el por qué me fui a Alemania. Lo que sí tengo clarísimo es que me quería ir. Mis hermanos pequeños estaban ya acogidos en sus colegios; yo había terminado el servicio militar y la licenciatura. Bueno, en toda esta mezcla de cosas también pesó un buen amigo al que había conocido en el Ateneo, muy estudioso de Marx. Muerto mi padre, me decía: “Emilio, tu padre eres tú”. En definitiva, me armé de coraje y me fui.

¿Y por qué a Heidelberg?

Tampoco lo tengo muy claro. Sólo que quería una universidad alemana y tal vez porque sabía que ese era un sitio con tradición... Recuerdo que algunos de mis amigos del Colegio Mayor Guadalupe hablaban mucho de América como sitio para ganarse la vida cuanto antes como profesores. Pero yo no quería irme a América. Mi urgencia es que quería “formarme” -te lo digo entre comillas- de verdad, leer bien a los clásicos en griego para asentar mejor la reflexión y olvidarme de la papilla pseudometafísica que nos enseñaban en la Universidad Central. Entonces, me escapé hasta Heidelberg con unos ahorritos, seis o siete mil pesetas, que había ganado aquí dando clases particulares en la Academia Arana mientras estudiaba los dos últimos años de la carrera. Eloy Terrón me había enchufado allí para explicar historia, filosofía, latín y lo que me echaran.

Con ese dinero, me mantuve los primeros meses. Más tarde, cuando ya me defendía un poco en alemán, me atreví a presentarme a Gadamer y a Karl Löwith, pues iba a los cursos de ambos. Cuando fui a ver a Gadamer en su hora tutorial para estudiantes -*Sprechstunde*-, empezamos en alemán y acabamos conversando en francés: él hablaba un francés estupendo. Pero les debí caer tan en gracia que estuve más de dos años, primero con una beca de la Universidad de Heidelberg que Gadamer me consiguió. Luego, gracias a él, a Löwith y Regenbogen, me concedieron la beca de la Alexander von Humboldt Stiftung, cuya actividad y patrocinio, después de la guerra, se reinstauraba ahora por primera vez en 1953. No es verdad -como alguien ha escrito- que me hubiera ido desde aquí ya con esa buena beca.

¿Sus primeros descubrimientos?

El *shock* fue grande. Heidelberg fue el descubrimiento de la importancia de la Filología clásica, combinarla bien con la Filosofía: Gadamer había estudiado Filología clásica y había escrito su tesina en latín sobre Píndaro. Gadamer había nacido en 1900; mi llegada allí fue en el 53: Heidelberg era la universidad que soñaba -que no podía soñar, porque no había tenido experiencia-, pero que respondía a mis ansias.

Aquella Alemania que conocí en el 53 era triste: la guerra había acabado ya hacía siete años, pero aun así descubrí diferencias muy grandes respecto a Madrid. Pese a la supuesta altivez alemana, pronto tuve buenos amigos allí, algunos geniales y con alto nivel intelectual. Pero, sobre todo, aquella universidad era otro mundo: ver una universidad donde no había asignaturas; a Gadamer, hablando de filosofía, pero no de estos programas nuestros imposibles, capaces de abarcar desde Tales de Mileto hasta ahora mismo... Cuando después de opositar en España -sólo me faltan las oposiciones al honorable Cuerpo de Correos y Telégrafos que espero no nos privaticen: hice Escuelas Normales,

Institutos, y cuatro veces las de Universidad-, les llevé a Gadamer y a Löwitz el programa de la oposición y me dijeron: “A nosotros nos hubieran suspendido inmediatamente. ¿Cómo se puede saber lo mismo de Pico della Mirandola que de Giordano Bruno, Anaxágoras, Nietzsche, Hegel o Schopenhauer?, pero ¡qué disparate!”.

Lo nuestro era el “asignaturismo”, causante, entre otras cosas, de la muerte de la universidad y de los institutos: el enciclopedismo vacío sin sugerencias de *La Enciclopedia*. Era muy distinto en la universidad alemana: ahí tengo los anuarios, donde se puede ver cómo era la enseñanza alemana, pública además hasta más de un 90%. En cada uno de los dos semestres salía un librito de toda la Universidad de Heidelberg -de Medicina a Filosofía-, con los cursos de cada profesor. Gadamer, por ejemplo: “Lectura de Hegel: *La fenomenología del espíritu*”; y al semestre siguiente: “Platón: *El Banquete*”; y al otro, cosas que a él le interesaban. E íbamos. Eso para mí fue una explosión, una conmoción. Otra también -en la línea de lo que me había abierto los ojos mi maestro de escuela-: sugerencias de lectura, como descubrimiento de la libertad. Y a todo esto se añadía el afán de saber, la pasión intelectual de aquellos estudiantes.

Por eso no acepto esta proliferación de universidades privadas. ¿Te imaginas que en Alemania fueran privadas las de Heidelberg, Berlín, Marburgo? No podrían hacer negocio, ni formar asesores de empresa, ni consejeros financieros; el máximo ideal que ofrecen las privadas en nuestro país es que les digan a los estudiantes: “Nada más que acabes te colocamos en una empresa”. Es horrible, y me acuerdo de Walter Benjamin cuando decía que eso es la muerte.

¿Te imaginas que en Alemania fueran privadas las universidades de Heidelberg, Berlín o Marburgo?

¿Qué más descubrió?

Otra de mis experiencias alemanas, la que más me apasiona y de la que más aprendí, fue en esos años cincuenta el contacto con los obreros, las primeras oleadas de trabajadores españoles que fueron a Alemania. Con un amigo muy de izquierdas, Juan José Carreras -que sería catedrático de Historia en Zaragoza-, empezamos a tomar contacto con ellos. Él les daba clases de historia y cultura, las mías eran de alemán. Tuve una gran experiencia al poder apreciar de cerca el talento extraordinario de aquellos emigrantes nuestros, casi todos del Sur. Por eso me repatea cuando hablan de nuestra pereza andaluza: ¿qué pereza era esa que les impulsaba a coger una maleta e irse a Düsseldorf o a Frankfurt del Main? El setenta u ochenta por ciento de los que yo traté eran de Jaén, aceituneros altivos, con una gran energía y espíritu de trabajo.

¿Qué aprendían de ellos?

Aprendí que el origen -lo he escrito en *Ser quien eres*- no tenía que ver; que a esos muchachos que habían nacido con un no en la cabeza, no a la cultura y no al pan, era una pena cerrarles el camino del conocimiento. Era y sigue siendo una desgracia condenarles a una escuela pública sin recursos y abandonada, mientras se protege la “excelencia” -palabra ridícula en boca de los políticos que la utilizan- sustentada por la desigualdad económica. Por cierto, ninguno de esos relumbrantes y excelentes colegios -en manos la mayoría de las veces de sectas y sectarios- puede compararse con un instituto público de una pequeña ciudad alemana.

Permitidme que os lea lo que sobre estas cosas decía don Antonio Machado mejor que yo: “Es lástima -dice en *Juan de Mairena*- que sean siempre los mejores propósitos aquellos que se malogran, mientras prosperan las ideas de los tontos arbitristas y revolvedores de la peor especie. Tenemos

un pueblo maravillosamente dotado para la sabiduría, en el mejor sentido de la palabra, un pueblo a quien no acaba de entontecer una clase media entontecida a su vez por la indigencia científica de nuestras universidades y por el pragmatismo eclesiástico, enemigo siempre de las altas actividades del espíritu. Nos empeñamos en que este pueblo aprenda a leer sin decirle para qué y sin reparar en que saben muy bien todo lo poco que nosotros leemos. Pensamos, además, que han de agradecer esa escuela práctica donde pueda aprender la manera científica y económica de serrar un tablón. Y creemos inocentemente que se reirían en nuestras barbas si les hablásemos de Platón. Grave error. De Platón no se ríen más que los señoritos en el mal sentido, si hay alguno bueno de la palabra”.

Ya para terminar, ¿en sus intensas lecturas de los clásicos, ha encontrado algo similar?

Confieso que la pasión por la Filología clásica ha sido el contrapeso a la Filosofía vigorosa que nos enseñaban aquí. Un instrumento que me sigue interesando muchísimo, utilísimo para conocer el origen mismo de la Filosofía, que nació en griego; para leer bien al creador de su terminología primordial, ese genio llamado Aristóteles -al que luego “escolasticaron”...-, pero que tiene cosas impresionantes sobre la decencia, sobre la política y hasta sobre cómo es un bogavante. Por supuesto, también sobre educación. Sólo un ejemplo de mucha actualidad ahora mismo, aunque hayan pasado casi 24 siglos desde que lo escribió. Se puede leer en *La Política* -en algunas ediciones, en el Libro VIII, capítulo 1-, donde dice: “Puesto que el fin de toda ciudad -toda *polis*- es único, es evidente que necesariamente ha de ser una y la misma la educación de todos, y que el cuidado por ella debe ser común y no privado, a la manera como cuida ahora cada uno por su cuenta a sus propios hijos y les da la instrucción particular que le parece. El entrenamiento en los asuntos de la comunidad ha de ser comunitario también...”.

Si a esto añadís la lectura de los capítulos 1 y 2 del Libro primero, donde habla del bien común de la *polis* y de que, por naturaleza, el hombre completo es un animal político, *dsoon politicon* -capaz de hablar y participar en los asuntos comunitarios-, se puede ver ahí una fuerte conexión con la educación que deseaba don Antonio Machado y todo buen demócrata. El término esencial de ese descubrimiento de *La Política* era el de la “decencia”: ningún indecente, ningún sectario, puede apoderarse del futuro educativo de un país. La política -según sus primeros teóricos- tenía como fundamento al hombre *spoudaios*, la persona idealista que pretende organizar la sociedad con el lema de las palabras que realmente sirven a los ciudadanos: educación en la justicia, en la verdad, en el bien, en la libertad para aprender a pensar.